

cuando sacudimos el yugo del dominio extranjero, en nada menos pensamos, que en zanzar los cimientos de la prosperidad social, cuyo edificio bambolea y no puede elevarse si no se halla establecido sobre la firme base de las ciencias.

El poco aprecio concedido á las personas ilustradas, el ningun apoyo franqueado á los esfuerzos aislados impen- didos con el noble fin de instruir á las masas, los ningunos premios acordados para estimular los talentos preco- ces de los mexicanos y la facilidad de adquirir sin las ta- reas del estudio y sin las penalidades del trabajo la ma- yor parte de los goces sociales han contribuido á para- lizar de consuno el deseo innato del saber y el aprecio general con que se mira en todas partes al hombre dedi- cado á las ciencias, al profundo literato ó al artista ins- truido.

Esta verdad, que no puede contradecirse hablando de la ilustración general en nuestro pais, es mas evidente to- davía, si se contrahe á la del bello sexo. Pero ¡cuántos siglos pasaron en Europa para que se fijase la atencion so- bre esa mitad del género humano, á quien se consideraba como de distinta especie, se la creia incapaz de instruc- cion ó no se tenia por conveniente que la obtuviese!

En efecto, si se consulta la historia de los tiempos an- tiguos ella nos muestra á la muger frecuentemente esclui- da de la senda de la verdad, constantemente deshereda- da de sus derechos naturales y casi siempre siguiendo muy á lo léjos la marcha progresiva de la instruccion de un modo vago, incierto y peligroso que la conservó si- glos enteros en una humillante mediocridad, de la que apenas ha podido escapar una que otra, que supo lanzar- se en la carrera de la intriga.